

Homero Aridjis, México. **Un ensayo temático dirigido al Principio 1 sobre el valor de todas las formas de vida**

Salvando el paisaje de nuestra niñez y el trasfondo de nuestros sueños



Por ser uno de los escritores más destacados de Latinoamérica, muchos de sus treinta y cinco libros de poesía y prosa han sido traducidos a doce idiomas. Su obra ha recibido importantes premios literarios en México, Italia, Francia, los Estados Unidos y Serbia. Como Presidente del Grupo de los 100, una asociación ambientalista de escritores, artistas y científicos que él fundó en 1985, Aridjis fue galardonado con el Premio Global 500 del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, el Premio John Hay del Orion Society, la Presea Generalísimo José María Morelos, "Ambientalista del Año" de la revista *Latin Trade*, el Premio Fuerza para la Naturaleza del Consejo de Defensa de los Recursos Naturales y el Premio del Milenio para Liderazgo Internacional en el Medio Ambiente de Mikhail Gorbachev/Cruz Verde. Se desempeñó como embajador mexicano ante Suiza y los Países Bajos, y fue profesor itinerante en la Universidad de Columbia. También se desempeñó durante el período 1997-2003 como Presidente de PEN Internacional, que es la organización internacional de escritores y en la actualidad ocupa el cargo de Presidente Emérito. Desde 1994 ha sido columnista de la página editorial para el periódico mexicano *Reforma*.

"A una mariposa monarca"

*Tú que vas por el día
como un tigre alado
quemándote en tu vuelo
dime qué vida sobrenatural
está pintada en tus alas
para que después de esta vida
pueda verte en mi noche*

El pueblo de Contepec, al este de Michoacán, está rodeado de cerros. El más alto es el Cerro Altamirano y cada año la mariposa monarca, *Danaus plexippus*, llega desde Canadá y los Estados Unidos al Llano de la Mula, en su cima. Atraída por el microclima de los bosques de pino y oyamel en el centro de México, se cree que la monarca ha existido desde hace dos millones de años. Cuando brilla el sol en los días límpidos y resplandecientes de invierno, millones de mariposas, estratificadas como el oro deslucido sobre los troncos y las ramas de los oyameles, se desprenden de sus densos ráncimos. Conforme calienta el día, su vuelo sobre y entre los árboles se torna más frenético, alcanzando su punto culminante al mediodía, cuando el cielo cobra vida con el aleteo de alas atigradas que susurran como una brisa de hojas secas en el profundo silencio del bosque. Al caer la noche, las mariposas se posan en los árboles, desapareciendo entre el perfecto camuflaje de la oscuridad. Cuando se acerca la primavera, un mar de mariposas desciende por las laderas del Cerro Altamirano en busca de agua, tornando las calles de Contepec en ríos aéreos. Hacia finales de marzo, la colonia emprende el regreso hacia el norte, para volver puntualmente, otra y la misma, el siguiente mes de noviembre.

Una leyenda indígena ha intentado relacionar la llegada de las mariposas con el retorno de las almas de los muertos los días 1 y 2 de noviembre, Día de Muertos, asociando la presencia de este insecto con las ceremonias que rinden culto al paso fantasmal del hombre sobre la Tierra. Casualmente, los griegos antiguos usaban el mismo término, *psique*, para mariposa y alma. Creo que esta leyenda ha nacido más bien para dar respuesta a las preguntas de los periodistas sobre la existencia de historias náhuas, mazahuas o tarascas sobre la monarca.

Nací en Contepec y desde mi casa observé el Cerro Altamirano, como un pájaro con las alas abiertas siempre a punto de volar. Nosotros, que estábamos acostumbrados a ver las colonias millonarias de monarcas todos los años, no sabíamos que las mariposas venían de Canadá y del norte de Estados Unidos en un largo viaje migratorio de varios miles de kilómetros, volando a una velocidad aproximada de quince kilómetros por hora, cubriendo entre ciento veinte y ciento sesenta kilómetros diarios, y que cada mariposa era la bisnieta de una mariposa que se había ido la primavera anterior. No fue sino hasta en 1975, después de años de investigación por parte

de los canadienses Norah y Fred Urquhart, y de los estadounidenses Lincoln Brower y William Calvert, que Kenneth Brugger dio con una de las colonias en México y resolvió el misterio del paradero de las monarcas durante el invierno.

Cuando empecé a escribir poemas, solía dar largos paseos en el Cerro Altamirano, con sus búhos y colibríes, sus coyotes y víboras de cascabel, sus zorrillos y alicantes, y así el cerro se convirtió en el paisaje y en la memoria de mi infancia. A los diecisiete años me fui a la Ciudad de México y después viví en los Estados Unidos y Europa hasta 1980, pero cada año volvía a Contepec en los meses de invierno y subía hasta el santuario de las mariposas. Los campesinos me informaban de las talas y de los incendios. Cada año eran cortados más oyameles en el Llano de la Mula y cada vez llegaban menos mariposas. La belleza natural que había estimulado mi literatura era pillada y las imágenes que habían enriquecido a mi infancia eran destruidas. La posibilidad de que Contepec se volviera un erial rodeado de cerros pelones, como tantos pueblos en México, me desesperaba, y la falta de respeto hacia el bosque me humillaba como ser humano. Respetamos las obras maestras del hombre en los museos, pero destruimos ciegamente las obras maestras de la Naturaleza como si fueran de nuestra propiedad y como si tuviésemos el derecho de decidir sobre la supervivencia de una especie que ha estado en la Tierra desde tiempo inmemorial.

Comprendí que para las personas que viven en la región les era difícil preocuparse por la conservación de mariposas y árboles cuando tenían necesidades apremiantes. También sabía que los talamontes profesionales causaban más daño que los campesinos locales que cortaban árboles. Una vez que los árboles desaparecían, la gente quedaba tan pobre como antes, solamente que ahora en un entorno devastado. Los taladores que violaban las cadenas de la vida estaban cometiendo un crimen social y moral al destruir el bosque, contaminar el agua y erosionar el suelo: todo ello en nombre del progreso económico. Pero, ¿qué clase de progreso económico estropea los ecosistemas y vuelve el suelo estéril e inhabitable?

Yo soñaba con un Cerro Altamirano convertido en parque nacional, aún a sabiendas de que ningún decreto serviría de garantía para la supervivencia de los santuarios de la mariposa monarca, cuando hasta los bosques de los volcanes Popocatepetl e Iztac Cihautl estaban siendo destruidos. En abril de 1986, un año después de que el Grupo de los 100 se manifestó por primera vez exigiendo detener el deterioro ambiental en el Valle de México, convencí al gobierno para que proporcionara protección oficial a los sitios donde hibernan las mariposas. La noticia se anunció el 30 de abril, el Día del Niño, como un regalo a la infancia mexicana. Semanas después, fui convocado a una reunión donde me enteré de que sólo la zona núcleo de cada santuario estaría protegida por completo, mas no la zona de amortiguamiento a su alrededor ni mucho menos todo el cerro. Lo peor de todo era que el Cerro Altamirano no había sido tomado en cuenta porque un conservacionista en la reunión no conocía el Llano de la Mula. Logré que se incluyera mi cerro en el decreto presidencial publicado el 9 de octubre de 1986, designando Sierra Chincua, Sierra El Campanario, y los cerros Huacal, Pelón y Altamirano

como zonas protegidas para la migración, invernación y reproducción de la mariposa monarca. Las zonas núcleos estaban destinadas a proporcionar el hábitat indispensable para garantizar “la permanencia del fenómeno migratorio... y el banco genético de las diversas especies que ahí habitan”. Se decretó una “veda total e indefinida de la explotación forestal y de aprovechamiento de la flora en general y de la fauna silvestre”. Las zonas de amortiguamiento se destinaban a “proteger las zonas núcleo del impacto exterior y en donde se pueden realizar actividades económicamente productivas, dentro de normas ecológicas.”

No obstante, la tala de árboles y los incendios criminales continuaron, aún después del decreto oficial. En el invierno de 1989, luego de una quema y de una tala indiscriminada de oyameles en el Cerro Altamirano, las mariposas llegaron, pero no se quedaron. Ellas evitan las áreas clareadas, de modo que yo estaba seguro de que el frágil equilibrio entre clima y hábitat había sido alterado, de que el espíritu del lugar había partido y de que las mariposas nunca regresarían a Contepec. Cerca de los otros santuarios, el único ruido que se escuchaba en las madrugadas era el zumbido de las motosierras y la única industria que parecía prosperar en el estado de Michoacán era la maderera. Las carreteras se llenaban de camiones tronadores que arrojaban humo, cargados de troncos.

Durante el inusualmente frío invierno de 1992, tuvo lugar una mortandad masiva de mariposas, en la que pereció hasta el setenta por ciento de algunas colonias. Culpamos por este alarmante índice de mortalidad a la deforestación excesiva. El Dr. Lincoln Brower, experto destacado en mariposas monarca, manifestó que “El bosque de oyamel, que protege a la monarca de la severidad del clima inclemente, se había convertido en una manta llena de agujeros”.

Durante una reunión de científicos y ambientalistas en febrero de 1993, hicimos algunas recomendaciones para la conservación del bosque de pinos y oyameles y pronosticamos el posible colapso del fenómeno de hibernación en México dentro de los siguientes quince años, si no se detenía la tala de árboles en la reserva. Sin embargo, cinco meses después se emitieron nuevos permisos de tala en los santuarios protegidos mediante el decreto de 1986. Al hacer un sobrevuelo en helicóptero por la región con funcionarios del gobierno, mis conversaciones con los ejidatarios, los campesinos que se ganan la vida cortando árboles, me dejaron dos impresiones abrumadoras: que son extremadamente pobres y que tienen una gran cantidad de hijos. En el ejido de Asoleadero, cada familia tenía entre ocho y quince hijos. El jefe del ejido de Rosario se jactaba de ser el padre de cuarenta y cinco hijos. Al preguntarle a los hombres que cómo mantenían a sus familias, contestaron, “Cortando árboles”. Cuando les pregunté que cómo sobrevivirían sus hijos y nietos, contestaron, “Cortando árboles”. Y al preguntarles qué sucedería cuando ya no hubiese más árboles que cortar, respondieron, “Nos iremos a la Ciudad de México o a los Estados Unidos”.

Luego de la intensa sequía de 1997, la falta de agua obligó a las mariposas a abandonar Contepec casi inmediatamente después de su arribo. En la temporada de 1998-99 las monarcas regresaron al

Cerro Altamirano. Durante una visita al Llano de la Mula con el presidente municipal de Contepec, entre los tocones y astillas de árboles recién cortados observamos miles de mariposas aplastadas esparcidas por el suelo del bosque. Más tarde me enteré de que el ejidatario responsable de cuidar el bosque vendía madera a los alfareros de un pueblo vecino. En 1999-2000, las mariposas volvieron a Altamirano, mas no se quedaron; y la tala continuaba, con burros cargando troncos hasta los fabricantes de ladrillos al pie del cerro. Desde entonces, son cada vez más escasas las monarcas en Contepec, y en el Llano de la Mula el bosque de oyamel se enrarece más cada año.

Durante las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte a principios de la década de 1990, propuse a la mariposa monarca como el símbolo idóneo para una sociedad entre los Estados Unidos, México y Canadá, elevando la protección ambiental a una prioridad igualmente importante como lo eran los negocios y el comercio. Estos tres países son los responsables de evitar que desaparezca el fenómeno migratorio en las próximas décadas.

En el año 2000, el gobierno amplió la Reserva Especial de la Biósfera Mariposa Monarca de 16 mil 100 hectáreas a 56 mil 259. En 1996, Brower y yo habíamos lanzado otra propuesta para salvar los bosques: comprar o arrendar las propiedades de sus dueños, en su mayoría comunidades campesinas, haciendo que fuese más rentable en el corto y largo plazo conservar los árboles en vez de cortarlos. El nuevo decreto también aprobó el establecimiento de un multimillonario fideicomiso en dólares para compensar a estos propietarios por no cortar los árboles, y por varios años se han realizado los pagos correspondientes. Sin embargo, diecinueve años después de firmado el primer decreto, la tala ilegal a pequeña y gran escala continúa; el ganado pasta en los bosques; el ecoturismo arrasa los santuarios; la población humana sigue creciendo; y pareciera haber incapacidad o falta de voluntad por parte del gobierno para hacer cumplir la protección de la Reserva. Lo que antes era un bosque continuo, ahora se encuentra fragmentado y degradado. Desde que se inició su monitoreo a finales de la década de 1970, la población invernal de monarcas en México alcanzó su nivel más bajo en el período 2004-2005.

El Principio 1 de la Carta de la Tierra se refiere al reto de proteger el fenómeno de hibernación de la mariposa monarca en México, en tanto se garantice el sustento de los moradores en la región. Si a las personas que viven en los alrededores de los santuarios se les ayuda a comprender su propia interdependencia con el bosque y las monarcas, y se les hace valorar la existencia continua de las mariposas y los árboles, se preocuparían más por conservar los santuarios para las futuras generaciones. Mucho de esto depende de la sinceridad y de la voluntad política por parte de los funcionarios locales, estatales y federales, y de su capacidad para fomentar una verdadera democracia participativa entre las comunidades locales. El contar con una participación auténtica y garantizada en la conservación de su entorno, sería un estímulo entre los habitantes para que se realicen plenamente y para que actúen de forma responsable con el medio ambiente.

En un mundo en el que los tigres y los orangutanes pueden llegar a extinguirse, en donde se sacrifica a los rinocerontes para obtener sus cuernos y a los elefantes por sus colmillos, en donde los cocodrilos son aplastados por máquinas excavadoras, en donde todos los años se capturan miles de pájaros y monos para venderlos ilegalmente, en donde múltiples organismos desconocidos desaparecen, quizás un cerro y una mariposa no son tan importantes. Pero si logramos salvar de la depredación por parte de nuestros semejantes a la mariposa monarca y al Cerro Altamirano, paisaje de nuestra niñez y trasfondo de nuestros sueños, quizás otros seres humanos puedan salvar su propio cerro y su mariposa, y todos juntos podamos proteger a la Tierra del holocausto biológico que la amenaza. Porque, finalmente, ¿no es tan frágil y fantástico el largo viaje de esta mariposa por el espacio y el tiempo terrestres como lo es el de la Tierra misma por el firmamento? ●